

ABRIENDO BRECHA

Entrevista a Clemencia Plazas*

Entrevistadoras: Diana Margarita Chíquiza**, Yenny Andrea Álvarez Sánchez***

Hace unos semestres, el grupo de investigación Historia de la Antropología en América Latina y en Colombia inició una exploración en la que trataba de sacar a la luz la vida de las antropólogas y arqueólogas pioneras que incursionaron en el país; buscaban conocer cómo fueron sus vidas en medio de una sociedad donde las mujeres hacían sus primeras incursiones en la vida académica y laboral del país. A través de entrevistas, consulta de archivos y recuerdos personales, se han logrado realizar perfiles de aquellas investigadoras que pasaron por la Escuela Normal Superior y el Instituto Etnológico Nacional. Igualmente, se está trabajando sobre mujeres extranjeras que incursionaron en la Antropología nacional para resaltar sus aportes a la disciplina. La entrevista que aquí se presenta responde a este interés general. Clemencia Plazas hace parte del grupo de las primeras mujeres antropólogas formadas en los recién establecidos departamentos de Antropología del país. Ella e Inés Sanmiguel fueron las dos primeras antropólogas graduadas en la Universidad de los Andes con un trabajo en Arqueología. Su brillante carrera profesional, su espíritu contestatario y su mirada inteligente sobre lo que ha sido su vida se reflejan en esta entrevista, recogida en el contexto del trabajo realizado por el grupo Historia de la Antropología en América Latina y en Colombiana.

Ximena Pachón C.

Departamento de ANTROPOLOGÍA,
Universidad Nacional de Colombia.

* Antropóloga de la Universidad de los Andes, Colombia. Diplomada del Massachusetts Institute of Technology (MIT), Estados Unidos de América. Magíster y candidata a doctora en el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos (CIDHEM), Cuernavaca, México.

** Estudiante de antropología, Universidad Nacional de Colombia.

*** Antropóloga, Universidad Nacional de Colombia.

CLEMENCIA PLAZAS: Al pensar ahora en antropología, después de tantos años, recuerdo esa buena frase de Margaret Mead que dice: “Cuando no se gusta uno a uno mismo, estudia psicología, cuando a uno no le gusta el entorno donde vive estudia sociología y cuando uno no se gusta a uno mismo ni al entorno donde vive, estudia antropología”.

INFANCIA

Mirando hacia atrás, creo que poseo una rebeldía innata que se ajustó bien a la forma antropológica de cuestionar al mundo. Mi madre, de origen santandereano, me dio los apellidos, Uscátegui y Martínez de San Gil. Era una mujer libre, alegre, fuerte y decidida. Desde chica decidió ser deportista, tenista, escogencia difícil para la época, los treinta y cuarenta. Fue la primera mujer admitida como socia del club América, y allí pasaba horas al día compitiendo con hombres, su manera de coquetear. Siempre trató de hacer lo que quería, tal vez por consentida, al ser *la chiquita* de la casa, entre siete hermanos. Tuvo la suerte de tener tres hermanas mayores, hermosas, que llamaban “las catedrales”, y luego tres hermanos nacidos después de ellas. Ellas y ellos cumplieron sus roles de género, lo que le permitió a ella ser libre, “montaparedes”, “gamina”. Cuando mi papá pidió su mano, mi abuelo le dijo: “¡Cómo te vas a casar con Leonor, ella es muy loca!”

Mi mamá se casó, a los 24 años, sin saber nada sobre el matrimonio y los hijos; se sintió muy frustrada al quedar embarazada en la luna de miel. El mundo prometido, abierto e inacabable, se desmoronó al sentir los primeros síntomas del embarazo. Nace mi hermano mayor y luego pierde un embarazo de avanzada gestación, casi de ocho meses. Ella se cuestiona acerca de la pérdida, de su vida y de su papel en ella: ¿me quedo o me voy? Plantearse eso en aquella época no era común, decide continuar.

La familia de mi padre era altioplánica, de Facatativá, rezandera, de misa diaria, camandulera. Dieciséis hermanos, ocho mujeres. Él era conservador de partido, pero liberal de pensamiento. Creo se casó con ella porque le abría horizontes que no veía en su entorno.

De allí vengo yo, de esa pareja un poco disímil. Aunque toda la vida tuvieron una buena relación, mi madre nunca se dejaba ganar. A él le gustaba el tenis, ella siempre le ganaba. Ella dejó de jugarlo por problemas de columna y empezó a jugar golf y también le ganaba. Jugaban

cartas (bridge) y lo mismo. Mi papá seguía ahí fascinado, porque a ella no le importaba perder, mientras que a él sí. Era una mujer interesante, con una buena dosis de humor negro.

Nací después de un hombre que me llevaba tres años y que desde niño trató de imponerme lo que él quería, como él quería, porque sí. Porque era hombre y en el mundo de afuera los hombres mandaban. Yo creo que desde los cinco o seis años peleábamos a puños y él, muchas veces, salía llorando. Mi mamá no era una mujer sumisa y con ese ejemplo crecí. Eso me formó de una manera distinta, tanto para lo bueno como para lo malo. Desde niño uno crece pensando: ¿Cómo así que porque sí?, pero a la vez, en el mundo de afuera siempre tenía que dar explicaciones.

Frente a mi casa había un parque, yo, al igual que los otros niños, me la pasaba en la calle. Mi hermano hacía parte de un Club de Toby; me aceptaron porque sus amiguitos dijeron que sí. Recuerdo a mi mamá saliendo a las siete de la noche a buscarnos. Yo estudiaba en el Divino Salvador, en la 58 con 18. A partir de los cinco años iba y venía sola a la casa, desde la 53 con 21. Ocasionalmente, me quedaba en casa de amigas y mamá llamaba averiguando por mi paradero. Mi infancia fue de calle, me encantaba la calle, jugar tapas, bolas, trepar tapias, seguir al líder, en fin, toda la carreta de la calle.

Mi madre, a veces, sentía culpa y me vestía de niña, almidonada y con trenzas delgaditas anudadas con lazos de cinta. Estar así implicaba “no te puedes ensuciar”. Eso para mí era el castigo más terrible. En el recodo de la escalera de mi casa había una ventanita que daba hacia la calle. Yo me sentaba ahí todas las horas necesarias, pero de ninguna manera salía a la calle. Era mi forma de decir: “Si tú me vistes así, no salgo a la calle porque me da vergüenza”.

Creo que me entendía porque, aunque ella era elegante, se la pasaba en *shorts* y vestidos de tenis. Durante mi niñez viví su mejor época como deportista. Llegó a ser subcampeona nacional y a veces se iba de gira. Yo crecí viéndola jugar y ganar. Era magnífica en el servicio, la *net*, el revés... todo lo que no era femenino y claro. Con esa misma mano entrenada me castigaba.

Como hasta los once años me pegó, a menudo, con correa de cuero, sobre todo por el desequilibrio que existía en mi casa. Mi hermano mayor, bajo cuerda, intentaba hacer algún tipo de saldo de cuentas. Me

molestaba o me hacía cualquier cosa para hacerme gritar y mi mamá nos pegaba a todos. Cuando me pegaban, él quedaba tranquilo.

Todo esto porque yo era la niña de los ojos de mi papá. Físicamente, me parecía a él. Por otro lado, como era propio de la época, a los hijos hombres se les exigía tanto, que por más que lograran cosas, nunca llenaban las expectativas, nunca era suficiente. En cambio, nosotras solo teníamos que sonreír y ya. Y si además eras inteligente, pues qué maravilla. Éramos tres mujeres, cariñosas y hábiles. Yo, particularmente, tal vez por ser la mayor de las mujeres, era la más cercana a mi padre.

Él era un hombre sensible, buen lector, editor. Trabajó en la Librería Voluntad muchos años, fue fundador del CERLALC¹, consultor de la UNESCO². Abogado, creó la ley colombiana de derechos de autor. A su alrededor se movían escritores y pasaban cosas interesantes. Yo me volví su compañera de conciertos, exposiciones, en fin.

Creo que desde pequeña fui tremenda. Alguna vez, ya grande, le dije a mi madre: “¿Cómo me metiste a los tres años al colegio, a aprender a leer de una vez?” (En esa época no había pre-kínder o kínder). Ella me contestó: “Apenas tu hermano llegaba del colegio, le arrebatabas la maleta, sacabas su cuaderno y hacías que copiabas todo, porque tenías que estar en el colegio”. Lo peor es que no se me quita ese gusto todavía, sigo siendo “nerda”, todavía estoy estudiando. En resumen, ella me decía que por qué la cuestionaba, si en últimas fue algo impuesto por mí. Eso hace que termine de quince años el bachillerato. Tal vez por ser alta, lucía mayor y desde los doce ya estaba rumbeando y viviendo como adulta.

Las mujeres siempre creen que sus familias son mejores que las del marido, pero en nuestro caso, era algo bastante notorio. Al morir mi abuelo paterno y al dejar dieciséis hijos, a mi padre y a su hermano mayor les tocó sacar la familia adelante, con más deudas que dinero.

Ellos vinieron a Bogotá y estudiaron uno derecho y el otro, ingeniería. Trabajaban de noche, hacían de todo para poder estudiar y conseguir dinero para la alimentación y educación de su casa de Facatativá. Es duro, entre los trabajos que mi padre hacía muy joven en la facultad, estaba el de leer el cine al revés, ¿recuerdan?

1 Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe.
[Nota del editor]

2 Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
[Nota del editor]

DIANA MARGARITA CHÍQUIZA: Sí, sí. La gente con dinero podía ver de frente la pantalla y los que tenían poco dinero pagaban menos y la veían por detrás.

C. P.: Sí, había un personaje, que en ocasiones era mi padre, que se sentaba de espaldas a la pantalla, con un espejo, y leía en voz alta los letreros, para los que no podían pagar. Mi padre siempre tuvo claridad acerca de la complejidad social del mundo que nos rodeaba, siempre lo hacía notar. A mi padre le fue bien. Terminamos viviendo en el barrio el Chicó y siendo socios del Club Los Lagartos, pero él nunca olvidó su origen y siempre ayudó a quien pudo.

Él decidió matricular a sus hijas en un colegio de clase media: La Presentación de Chapinero. Había cierta incoherencia, y llegado un punto, a mis catorce años, le dije: “No me obligues a ir al club, que detesto, o méteme en un colegio donde estén las niñas del club”. Yo nadaba, y al salir del colegio la camioneta del club nos recogía para los entrenamientos, pero era incómodo porque, al subirte con el uniforme de La Presentación a la buseta, te sentabas en una banca y las niñas se levantaban y se cambiaban de puesto. Sufría problemas por uno y otro lado. Mi papá me dijo: “Yo sé que no tienes elementos para entender eso ahora, pero... los tendrás, la vida te enseñará por qué para mí es tan importante que vivas lo que estás viviendo”.

D. M. C.: Es fuerte aprender a moverse en mundos diferentes.

C. P.: Claro, eso me hizo marginal desde chiquita. Eso y otras cosas. Por ejemplo, yo tenía un lunar grande y velludo en el brazo derecho que siempre me sirvió para medir a la gente. Si había curiosidad y tolerancia o, por el contrario, reacciones de asco y rechazo. El lunar fue, de alguna manera, mi semáforo social, y me hizo optar, muy pronto, por la marginalidad.

Cuando repaso los fines de semana en el club, me acuerdo; veo que era una obligación ir, porque con cinco hijos ninguno se podía quedar en la casa. Nos íbamos desde las siete de la mañana hasta la tarde. Allí, nos daban algún dinero y nos reuníamos a las seis, en el parqueadero, para regresar. Con mi dinero yo compraba a veces tiquetes para lancha de remos, llevaba onces, un paraguas y me pasaba el día en medio del lago, leyendo. Era mi manera de evadirme, porque en últimas, aunque estaba dentro del club, no estaba en él.

Definitivamente, no me gustaba ese mundo de apariencias. Por los rasgos de sencillez de mi padre, sabía que no era el único mundo posible.

No me gustaban los compromisos sociales del club, fue muy difícil tener amigos; ahora no tengo a ninguno de esa época. Como siempre, con ganas de no pertenecer.

Al negarme a jugar tenis, que obviamente mi madre habría preferido, y en cambio escoger nadar, expresaba eso mismo, el querer estar sola. El tenis necesita contendores y, en cambio, la natación es un deporte solitario, en el que uno está con uno mismo, donde se puede meditar. Esto fue a grandes rasgos mi niñez... creo que marcó mucho mi personalidad.

ADOLESCENCIA

Recién terminé mi colegio, me mandan a los Estados Unidos a estudiar arte, en una universidad privada. Pasé dos años en Clarke College, en una ciudad pequeña del estado de Iowa que se llama Dubuque.

La universidad era de monjas. Mi padre, profesor de la Pontificia Universidad Javeriana, allí las conoció. Aunque eran los sesenta, para él era complicado enviar a una niña de dieciséis años sola, tan lejos... Él sentía que con ellas había cierta seguridad. A pesar de la libertad gringa, me sorprendí mucho al llegar a un mundo lleno de prohibiciones, donde mis compañeras mantenían trago debajo de la cama. Increíble, cuando aquí, en mi casa, el bar siempre estuvo abierto.

Las prohibiciones del protestantismo me dieron duro: las cosas como el trago, la sexualidad y la coquetería. Aquí uno salía con hombres mayores; allá, las mujeres salían y tenían relaciones con chicos de la misma edad —diecisiete años—, inmaduros y, además..., gringos. A mí eso me chocó bastante, pero lo más molesto era la noción de “el sexo por el sexo”. Los latinos somos más románticos. Alguna vez, una de mis compañeras de cuarto desapareció un fin de semana con un muchacho y llegó feliz de haberse besado y demás todo el tiempo, sin embargo, no le pareció importante saber cómo se llamaba él.

Todo eso me impresionó, era la cosa física nada más y a mí me parecía totalmente vacío. Finalmente me ensimismé. Me hice amiga de un pastor protestante hindú y de un muchacho chino; siempre buscando extranjeros, buscando la marginalidad. Fui célibe durante dos años.

Allá tuve varios problemas, tanto por el choque cultural como por el idioma, pero me quedó algo muy importante: ¡aprendí a estudiar! El

college tenía muy buen nivel académico y era especialmente duro para mí, por el inglés, y al principio saqué pésimas notas. Aunque durante la adolescencia fui rumbera, yo nunca perdí un año o algo similar. Entonces pensé: “Clemencia, papá se está gastando una cantidad de dinero que no sobra en casa. Acaba con esto y te devuelves o lo intentas de verdad”. El segundo semestre se la metí toda; esfuerzo que implicó acciones tan neuróticas como tener un calendario en mi cuarto, en el que por la noche anotaba cuantas palabras había hablado en el día: tres, siete, etc.

Algo muy latino, el desgarre, algo que queda de las monjas, aunque uno no lo admita: ¡había que sufrir! Tales serían la obsesión y las ganas por pasar, que en el segundo semestre bajé treinta kilos y empecé a subir las notas. En el segundo año, las cosas fueron muchísimo mejor. Aprendí bastante, a estudiar, a vivir entre la biblioteca, la iglesia, porque iba a misa, y la piscina; todos retos importantes.

Cuando regresé mi mamá lloró muchísimo, decía que me habían cambiado hasta el color del pelo y que nunca más iba a dejar ir a una hija lejos. Para ella fue un horror. Debió ser muy grande el cambio, porque si bien siempre tuve un humor ácido, era alegre y despreocupada. Llegué seria y decidida a no perder el tiempo.

Gracias a esa experiencia, incluyendo las cosas duras —soledad, competitividad, tristeza—, el estudio me dio la posibilidad de encausar deseos y satisfacciones, y sigue siendo así. Es más, los mejores trabajos los he realizado cuando estoy mal emocionalmente, allí me refugio, es el escape. Es un mundo del que no me quejo. Siempre pila, astuta, sin dejar el sentido del humor. Mi objetivo era volver y seguir estudiando. Allí aprendí que no quería seguir en el arte. Por un excelente maestro, me di cuenta de que había que tener algo que decir y yo, entonces, no lo tenía. El arte no era un oficio que se podía aprender con un pincel y una mezcla de colores. A la vez, tuve una excelente profesora de historia. Siempre me gustó, pero me decían que no la podía seguir por mi “memoria de gallina”, debido a la creencia de que la historia era memorística. Allí era social, analítica.

Mi *major* era arte y el *minor*, historia. Aquí nunca oí hablar de antropología. Nuestra historia empezaba con los españoles y mencionaban unos “tales chibchas, que afortunadamente habían desaparecido”, nada más. Al regresar encontré dos sorpresas: la primera, que después

de la inversión de mi padre y, por tener otros cuatro hermanos, ya no podían costearme estudio, la segunda, que tenía que trabajar.

TRABAJO

Una prima que tenía conexiones con la embajada norteamericana me ayudó a conseguir un empleo de recepcionista, porque hablaba inglés. Solo duré unos meses. Conseguí llenar una vacante en la sección de arte de la Biblioteca Luis Ángel Arango, cargo que nunca ocupé, porque llegó el hijo del gerente del Banco de Colombia, que había tenido el puesto antes y ahora debía ser suyo de nuevo.

Entonces, pasé a trabajar en la biblioteca, en la sección de libros. En ese entonces, la mayor parte de las empleadas eran mujeres. Otra vez surge la búsqueda de la marginalidad. Generalmente, pedía el turno de la sala de lectura, arriba, para poder estar con los lectores, ver la dinámica de los libros. ¡Imagínense que nos prohibían leer! Tenía una amiga maravillosa, Rosita Sanín. Nos turnábamos, sacábamos los libros que le tocaban a la otra, nos protegíamos y nos escondíamos a leer una o dos horas intercaladas.

En ese momento, estaban construyendo el nuevo y actual Museo del Oro. Empezaron a buscar gente dentro del Banco de la República³ y, por hablar inglés, me pasaron como futura guía. Nunca lo fui, entré tres meses antes que todas las guías escogidas por Alicia Dussán de Reichel y me recibieron en la sección de museografía, donde me quedé muchos años. Allí trabajaban Vidal Antonio Roza y Alec Bright, de quienes aprendí mucho. Aun así, recibí también los cursos que diseñaron para las guías; fueron algunos profesores invitados y todo mezclado con *glamour*, por supuesto.

Intenté durante cinco años que el Banco de la República me becara para estudiar antropología. Para mí, la vida sin estudio no tenía sentido. Fui, junto con María Izquierdo —abogada—, la primera mujer a quien el banco le costeó carrera. Algún empleado una vez me dijo: “está loca, usted es mujer, no puede pretender que el banco la apoye”.

Hace poco encontré la carta que le envié al gerente general, en la cual le hablo de la importancia de los antropólogos en el Museo del Oro.

3 Entidad a la que pertenece la Biblioteca Luis Ángel Arango. [Nota del editor]

Pero es el último párrafo, el más ingenuo, el que, creo, lo convenció, donde digo: “y la verdad, doctor, es que yo quiero estudiar”.

Aprobada la beca, me hicieron cambiar el contrato a medio tiempo —en tiempo completo trabajaba 48 horas y, en medio tiempo, 42— e igual tenía que marcar tarjeta, pero ganaba la mitad. Estaba tan emocionada que si me hubieran pedido trabajar 100 horas, lo hubiera hecho; una felicidad increíble, producto de la dificultad y la espera, porque fueron cinco años.

Invité a mi papá al restaurante La Romana y le dije: “Tengo una gran noticia que contarte: después de hacer esto y esto, hoy me dieron la noticia de que puedo estudiar en Los Andes”. Le hablé de las ventajas, de lo cerca que era, de lo bueno para mi horario, de la opción de usar créditos de mis estudios en Estados Unidos y de la presencia de Gerardo Reichel allí. Él se puso a llorar en mitad del restaurante. Yo no entendía por qué, y cuando le pregunté qué pasaba, él, siempre honesto, me dijo: “¿Te acuerdas cuando te dije que no tenía dinero para pagarte más estudio? Era mentira, yo simplemente creo que tú no debes estudiar más. Quiero que te cases, que tengas familia, que seas una mujer feliz”. Para él era obvio que ningún hombre querría casarse o aguantar a una mujer sabionda, que supiera cosas. Para mí fue muy duro escucharlo. Primero, por saber que me había mentado y, segundo, por su oposición vigente. Le dije: “Papá, me encantaría darte gusto, pero las cartas están echadas”. Y, como surgiendo de su religiosidad católica, dijo: “¡Y, además, antropología!”.

ACADEMIA

Cuando entré a la universidad se me abrió el mundo. De la emoción, me desboqué. La religión pasó a un segundo o tercer plano, sino desapareció. Además, había excelentes maestros...

YENNY ANDREA ÁLVAREZ SÁNCHEZ.: ¿Qué maestros tuvo? ¿Quiénes estaban entonces?

C. P.: Ann Osborn, Marianne Cardale, después, Egon Shaden. Me tocó también la ida de Gerardo Reichel... quien era una persona brillante, aunque arbitraria.

D. M. C.: Sí, porque siempre se nos ha pintado a Reichel como allá lejos, en un pedestal.

C. P.: En uno de los últimos homenajes a Paul Rivet, en el Museo del Oro, hablando de su correspondencia con Luis Duque y Reichel, a este último se le daba más importancia que al primero. Me pareció injusto, porque nuestro complejo de extranjerismo no permite valorar a los investigadores colombianos, y menos aceptar lo complicado que era Reichel como ser humano. Me pare y dije: “Conocí a los dos: con Reichel tuve la experiencia del museo y tres años en la universidad; y fui segunda de Luis Duque, cuando fue director del museo durante diez años. La verdad es que ahí no hay bueno ni malo, ganador ni perdedor. Los dos, a su manera, son personajes complejos, que manejaron sus asuntos como pudieron”.

Aunque no niego que Reichel fuera un gran profesor: era auto-crático e incuestionable. Los datos recientes sobre su participación del 34 al 39 en el partido nazi, me hicieron entender muchos de sus actos: su distancia, ambigüedad y paranoia enfermiza. Reichel exigía mucho, no dejaba de ser esa mezcla de arqueólogo y antropólogo a la que todos aspiramos.

La salida de Reichel de la Universidad de los Andes se da en medio de las exigencias del medio estudiantil de fines de los sesenta y de la falta de apoyo de las directivas. En clase, lo vimos “craquelarse”, como un espejo antiguo. El cuestionamiento de los estudiantes: “y, esto, ¿por qué?”, “¿tal autor no dijo lo contrario?”. Y así, en seis meses, se agrietó, se desmoronó.

D. M. C.: ¿En esa época ya era muy mayor, no?

C. P.: No, debía tener unos cincuenta y cinco años. Él siempre fue así, orgulloso, y su mujer lo ayudaba a mantener esa distancia. Él vendió la idea de su origen noble, de ruso blanco, y le creyeron. A mí me empieza a ir mal con Reichel al no rendirle la pleitesía que se supone que le debía. Nunca he sentido la obligación de agachármele a nadie porque tenga un apellido largo y extranjero.

Yo esperaba encontrar en el maestro de antropología a una persona de mirada amplia, y Reichel era demasiado clasista y racista. Todo lo contrario a lo que se espera de un antropólogo. En Los Andes, estudiaban los hijos de embajadores, políticos, en fin, “niños bien”. Ese era el círculo cerrado con el que Reichel salía a campo y quienes obtenían notas por encima de cuatro. El resto de los estudiantes,

que no tenía dinero, no podía aspirar a participar de ninguno de los dos privilegios.

Si tú estás en antropología, que se supone que es la tolerancia de otras opiniones y posturas, él no aceptaba ningunas otras que no fuesen las suyas; era totalmente autocrático, al contrario, por ejemplo, de José de Recasens, un generoso maestro.

En mis clases estaban Fabricio Cabrera y Alfonso Torres Laborde, un seminarista recién salido de los jesuitas. Ambos brillantes, con posturas contrarias. Las discusiones entre los dos eran muy interesantes por su coherencia.

- D. M. C.:** Debió ser muy interesante porque además la gente estaba muy motivada.
- C. P.:** Me ha ido muy bien en la Universidad Nacional de Colombia, siento la motivación en los estudiantes. No me interesa enseñar en Los Andes, me quedó un sabor amargo.
- D. M. C.:** Pero también es como el maestro. El profesor que inspire, que cree una fluidez y un ambiente... Además de José de Recasens... ¿quién más?
- C. P.:** Henning Bischof, en arqueología. Siempre estaban trayendo gente. Jon Landaburu, profesor de lingüística, fue mi mejor maestro. Sus clases eran fantásticas lecciones de antropología. En el examen, nos daba una frase en puinave y teníamos que desglosar el contenido lingüístico; era algo difícil de hacer, pero muy interesante. Era un profesor muy joven, muy coherente, y de gran exigencia.
- D. M. C.:** Claro, en esa época, además de los iniciadores de la antropología en Colombia, también estaban los primeros antropólogos formados en el país iniciando su ejercicio como profesores. Pienso, por ejemplo, en la Myriam Jimeno de nuestro departamento.
- C. P.:** No, Myriam fue compañera mía. En la Nacional hay muchos profesores egresados de Los Andes: Roberto Pineda, Fabricio Cabrera, Myriam Jimeno, Ana María Groot, yo misma. Y de un alto nivel. Ahora que estoy haciendo el doctorado, me doy cuenta de la gran calidad académica que se manejaba aquí en ese tiempo. Finalmente, para mí era fantástico estudiar antropología, a pesar de los problemas con Reichel y de sus posteriores secuelas, el rencor y la persecución.

Por ejemplo, cuando me dieron una beca en MIT⁴, veinte años después de verlo por última vez, él personalmente escribió para decir que yo no me la merecía. En el fondo, yo me sentía algo orgullosa porque, generalmente, Reichel odiaba y perseguía a gente profesionalmente buena.

Es muy interesante ver como un maestro lo forma a uno. Tanto por lo bueno, como por lo malo. De Reichel no pude entender algunas cosas que yo creo que tienen que ver con el problema del proscrito, del que llega por obligación con un pasado oscuro y que, gracias a su talento y al apoyo económico de Alicia Dussán, logra hacer proyectos fascinantes.

Yo entré de veintitrés años a Los Andes. Uno diría que joven, pero yo ya venía del mundo laboral y la academia para mí era un instrumento más, no un fin. El problema, en mi opinión, es que la gente hace de la academia un fin, entonces surgen los maestros que creen tener la única verdad; y luego esos conflictos de poder por determinado salón, una buseta, cosas tan pequeñas...

ARQUEOLOGÍA

D. M. C.: ¿Cómo llega a la arqueología?

C. P.: Por el Museo del Oro. Pero fíjense que a mí me daba pena decir que era arqueóloga, durante la carrera, porque había, como ahora me imagino que hay... no sé, una mirada denigrante hacia los arqueólogos.

D. M. C.: La dinámica aún existe, pero al contrario...

Y. A. A. S.: Aunque son menos, los arqueólogos parecen ostentar el título de élite dentro del departamento.

C. P.: Como en ese entonces nos graduábamos todos como antropólogos, nuestros compañeros miraban a los arqueólogos como aquellos a quienes no les interesaban los problemas sociales de la actualidad, de allí mi vergüenza. En ese tiempo cursábamos dos o tres años paralelos, luego nos especializamos en arqueología o antropología. Yo tomé arqueología desde el principio con Reichel, porque me abrió el espacio, pero por muchos años quise sentirme antropóloga y me alegro por aquello de las

4 Instituto Tecnológico de Massachusetts, Cambridge, Massachusetts.
[Nota del editor]

lecturas y el interés, aun así, la arqueología se me fue imponiendo, era mi quehacer en la vida diaria.

Sobra decir que el aporte de Reichel-Dolmatoff y de Alicia Dussán, al incluir la visión antropológica en el guión del nuevo Museo del Oro, fue fundamental. Sin embargo, fuimos Ana María Falchetti y yo quienes, investigando durante años, humanizamos la colección: ¿qué gente?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿cómo?

Al estar próxima a graduarme fui nombrada asesora de la dirección del museo y luego subdirectora técnica, durante diecisiete años antes de ocupar la dirección por diez años; es decir, veintisiete años en las directivas del museo. Muchas cosas que se hicieron entonces fueron cuestionadas después. Por ejemplo, la compra de piezas. Se dice que el museo fue un impulsor de la g.uaquería en Colombia. Es triste que dos instituciones tan importantes como el Instituto Colombiano de antropología e Historia, ICANH, y el Banco de la República, que tanto se ayudaron, estén ahora en conflicto.

El trabajo en el museo fue maravilloso, no había día aburrido. Ana María Falchetti, Juanita Sáenz Obregón y yo siempre estábamos innovando, llenas de entusiasmo. Nuestro trabajo no tenía precedente, creábamos al ir haciendo, dentro de la institución, fue fantástico. Se crearon las secciones de restauración y registro, los conceptos para la clasificación de la colección y la metodología de las bases de datos, procesos establecidos a partir de la necesidad. A pesar de trabajar con una institución bastante conservadora, el área cultural permitía la innovación.

Mi entorno de trabajo fue especial, dos de mis jefes eran homosexuales y trabajar con ellos fue una maravilla, pues se pudo romper con la costumbre del banco, donde, para las mujeres, los servicios sexuales en ocasiones llegaban a hacer parte del trabajo. En el área cultural se nos apreciaba por lo que éramos. Era muy gratificante y estimulante. Sin embargo, algunos arqueólogos nos miraban con envidia, como si estuviéramos en el lugar donde todo era fácil, pero no era así, eso no era cierto.

Ayudé a Pacho Ortega, el gerente del Banco, a crear la Fundación de Investigaciones Arqueológicas —aunque siempre le han dado el crédito a Luis Duque Gómez, él llega varios años después—. Su creación fue importante porque les dio espacio a muchos colegas, incluso a

antropólogos como Elizabeth Reichel y Fernando Urbina, y funcionaba en el museo. Yo era la encargada de dar conceptos sobre los trabajos, obvio me gané muchos enemigos, pero me mantuvo al día en cuanto a la actividad antropológica del país.

En el museo, como institución educativa, no solamente avanzábamos a nivel Bogotá, sino también en las 24 sedes del Banco en el país. Hubo diez o quince años en los que el aporte cultural del Banco a nivel nacional fue impresionante. Durante la presidencia de Belisario Betancur, las áreas culturales crecieron de tal manera, que ya no era el museo de Manizales copiando el de Bogotá con recortes de revistas, sino que se volvieron importantes, tuvieron directores, programaciones particulares. Las sucursales, aun las más alejadas, como Amazonas, Guajira y Quibdó, presentaban propuestas de acuerdo con sus necesidades, y nosotros los asesoramos a nivel de calidad. Fue muy estimulante, las ideas dejaron de surgir únicamente del centro. Se abrieron espacios, en momentos difíciles, como en Riohacha, Medellín o Cartagena. En esta última sede, cuando se quiso abrir el museo Sinú, nos enfrentamos con criterios como: “eso de indios no le pertenece a esta ciudad, porque no lo abren en Montería”.

Tampoco en Medellín se quería nada que tuviera que ver con indígenas. Allí, luego de diez años, Neyla Castillo, una boyacense, armó con nosotros una exposición de arqueología antioqueña. En el eje cafetero, pedían cursos de *macramé*, pensamiento greco-latino, etc. Les interesaba un mundo que los hiciera sentir más europeos. Abrir espacios nuevos y estimular necesidades regionales fue de lo más interesante que se hizo en el Banco durante esos quince años.

Antes de trabajar directamente en la toma de decisiones, el primer trabajo que hice fue dibujar las 3000 piezas de la colección cerámica del museo. Con Ana María, estuve siempre depurando la clasificación de la colección de oro. Desde mi tesis de licenciatura, *Nueva metodología para la clasificación de la orfebrería prehispánica de Colombia*, me sumergí en este tema. Antes no había una realidad humana ni arqueológica detrás de los estilos.

Pasé mucho tiempo investigando la tecnología metalúrgica, traíamos expertos, tomábamos cursos. Si en arqueología se dice que la cerámica con pintura negativa o con desgrasante de fibra vegetal son diagnósticos de tal zona o época, con las técnicas del oro se debía poder

hacer lo mismo. Después de años de trabajo, la tecnología metalúrgica nos mostró áreas y temporalidades. Además del aspecto tecnológico, se tuvieron en cuenta otros factores, como el de forma-función para clasificar las piezas de oro. Gracias al primer director, Luis Barriga del Diestro, el Museo del Oro compró, durante cuarenta años, objetos metalúrgicos acompañados de todo el arrastre de la tumba; lo que permite, aún hoy, establecer asociaciones y reforzar los conjuntos de hallazgo para depurar las respectivas áreas metalúrgicas.

CAMPO

A pesar del intenso trabajo en Bogotá, salíamos bastante a terreno. A veces de visita, en casos aterradores de gaaquería, como el de Malagana, en el que el Museo del Oro fue el que dio el aviso y el apoyo económico al ICANH para poder hacer el salvamento con Álvaro Botiva. Esa fue la dinámica entre las dos instituciones durante mucho tiempo, la de apagar incendios en muchos lugares, como San Agustín, La Sierra, detención de objetos arqueológicos en aeropuertos, extradición de piezas, en fin.

Cuando empezamos a salir al río San Jorge, llevábamos años escuchando información de la gente que llevaba piezas al Museo. Primero, surgió un rescate en los terrenos de Cerro Matoso, Montelíbano. Luego, cerca del 76, empezamos a ir a terreno todos los años, durante los dos o tres meses de verano. Estas excursiones eran relativamente baratas, el Banco nos ayudaba con viáticos y gasolina para el jeep y Cerro Matoso aportaba el salario de los obreros. Las tres, en ese entonces menores de 30 años, Juanita, crespa y de cabello rojo, Ana María, rubia, y yo, morena. En el terreno nos llegaron a llamar ¡los ángeles de Charlie! Después de dos libros y muchos artículos, dimos por terminado el proyecto, entre otras cosas porque, en el 86, tuvimos problema con fuerzas armadas legales e ilegales.

Juana era el piso a tierra, verraca, era el chofer, echaba machete, cocinaba, estaba a cargo de la logística. Ana María era el corazón del proyecto, fuerte para el monte y autora de la clasificación cerámica, y yo, además de trabajar con fotografías aéreas y elaborar mapas, dirigía el proyecto, vendía la idea, conseguía la financiación; a mí “me ponían el sombrero, pero también me cortaban la cabeza”. A veces era algo dispersa... gracias a Ana María siempre sabía dónde volver.

D. M. C.: En campo, ¿los arqueólogos hombres presentaron alguna vez resistencia a trabajar con ustedes por el hecho de ser mujeres?

C. P.: No, es más, no pensamos en salir con arqueólogos, aprendimos de la experiencia. Al principio, cuando salimos con hombres, arquitectos o algunos alumnos de Correal, nos iba como a “perros en misa”. Los costeños, absolutamente machistas, veían un hombre cachaco e inmediatamente iniciaban un tropel verbal y nos negaban su apoyo. En cambio, al vernos solas, nos protegían y ayudaban. Fue maravilloso, generalmente salíamos dos de nosotras porque alguien tenía que quedarse en la oficina. Las salidas no superaban el mes y medio, dos meses. Nos minaban los mosquitos, el dengue, los cuarenta grados a la sombra y la humedad. Durante los primeros años uno no sabía qué comer, tomábamos demasiada agua y nos enfermamos. Fue duro.

Cinco años después de estar trabajando se hizo la epifanía. En el terreno, uno como arqueólogo siempre busca lo modificado dentro del paisaje natural. Un día me di cuenta de que todo el paisaje del bajo río San Jorge era artificial. Entonces, la investigación avanzó mucho, ya no había pudor de respetar lo natural, todo había sido modificado por el hombre.

El trabajo adquirió su propia rutina, por decirlo así. En Bogotá, se clasificaba la cerámica y se hacían los mapas arqueológicos basados en fotos aéreas de las zonas a explorar en la siguiente campaña. Ya desde el aire sabíamos dónde debíamos excavar para encontrar posibles sitios estratificados. Nuestro trabajo en el río San Jorge no fue en un solo sitio, se hicieron más de 120 pozos en un área muy grande. No podíamos demorarnos mucho tiempo, sobre todo por las inundaciones; teníamos que estar siempre listas a salir, después del primer aguacero.

Nunca dijimos que trabajábamos en el Museo del Oro, para evitar problemas. Buscábamos cerámica, pedíamos permiso para levantar la carpa cerca de una casa, llevábamos comida para nosotros y para la gente del lugar. Recuerdo esas mañanas con hambre tratando de cocinar algo; la convivencia con la gente, los “chilapos”, como los llaman, en islotes entre los caños. En la tarde, llegaba el niño de la finca a pelo en su caballo, con una hicotea arponeada. No hablaban lengua, pero llevaban la misma vida que antes, comíamos lo mismo que excavábamos: peces, hicoteas.

Nos envolvía la belleza del paisaje, las ciénagas y su fauna, la amabilidad de la gente, pero sobre todo la emoción de lo nuevo y lo vivido por las tres. Dormíamos colgando las hamacas en pesebreras para salir corriendo al otro día. Ana María, embarazada, sin quejarse, y Juanita la verraca, la chofer que atravesaba ríos como si nada.

Al principio salíamos con un guía que pensó: “estas cachacas no van a servir para nada, se van a asustar con la primera araña”, y definitivamente no fue así. Resultó que para nosotras, entre mayor el peligro, mayor el reto. La arqueología es de por sí apasionante. Fuimos las primeras arqueólogas en entrar a la zona del río San Jorge. Ya sabíamos lo que nos esperaba, lo describió Parsons, lo mencionó Reichel por encima, pero nadie lo había excavado.

Y. A. A. S.: Durante los primeros años aprendieron a manejar el equipo y por dónde andar, y no solo eso, sino que estaban con gente que conocía el medio: las plantas, los caminos, los animales...

C. P.: Y que también sabía cómo tratar a la gente. Por ejemplo, a nosotras, con la individualidad urbana, nunca se nos hubiese ocurrido llegar con un bulto de papa, cinco o diez kilos de arroz, una botella grande de aceite, azúcar, tres panelas, cebollas... Era lo básico y tú no sabías si te iba a alcanzar para tres o para veinte días. Eso era confiar en la gente del lugar, y que ellos decidieran cómo nos alimentaban. Aprendimos muchas cosas.

Ser mujer en un mundo así, como el que les comento, no es fácil, aprendimos a ser astutas. En una de las fincas, llamada Japón, las esposas de los muchachos no nos querían y nos martirizaban. Se suponía que estábamos a escondidas de los dueños, porque eran sus esposos, los muchachos-administradores, los que nos habían dado el permiso, y cuando estábamos durmiendo, nos despertaban a las seis de la mañana anunciando: “Los dueños vienen, los dueños vienen”. Nosotras les hacíamos el juego porque sabíamos que con permisos del ICANH y del Banco de la República no tendríamos inconvenientes. Les hacíamos creer que estábamos asustadas y nos tenían ahí, hasta las ocho y media o nueve de la mañana, sin darnos desayuno. Nosotras inquietas y con ganas de ir a campo, sabiendo que con ese clima, las primeras horas de la mañana eran las mejores. Esa era su venganza.

En ese sitio, a Juana se le pudrió el pelo por los orines de murciélagos y nos tocaba poner tapas de latas de galletas en las dos puntas de las

hamacas para que los ratones no pasaran de ahí y pudiéramos dormir. Eso es lo importante de la hamaca, ella si te protege, sobretodo de las serpientes; y si hay toldillo, entonces, uno se sentía aún mejor.

Y. A. A. S.: Estamos aprendiendo buenos trucos para campo.

C. P.: ¡Sí! Cuando haya muchos murciélagos, lo mejor es poner una sábana sobre el toldillo y por la mañana torcerla. Pero bueno, de todas maneras qué época tan maravillosa. Queremos volver porque los muchachos que dejamos ya deben ser mayores. Uno de ellos, que trabajó con nosotras, ahora es el matarife de San Marcos. Tenemos ganas de verlos, porque de todas maneras fue mucho tiempo y quedaron en la mente y el corazón. Después de nosotras, fueron unos colegas de la Nacional que acudieron a los mismos trabajadores y nos contaron que los muchachos no acababan de hablar de nosotras.

Desayunábamos bien y permanecíamos en la excavación todo el día. Aprendimos a no almorzar sino piña, maní, un envuelto, cosas ligeras, porque el calor nos mataba y así podíamos controlar el sueño. Volvíamos a las cinco a hacer una comida y a bañarnos, con chingue y totuma, un espacio con las mujeres del lugar. El baño compartido era muy agradable, en los caños bajitos, cuando teníamos cuidado de no quitar del todo el jabón, para no quedar con el intenso y molesto olor a caño.

Por la mañana, salíamos en el jeep y llegando al pueblo, de golpe un día, aparecieron dos muchachos con una pala cada uno. En un supuesto retén en medio de la nada, dijeron que estaban limpiando el terreno de alguna inundación pasada, y que había que pagar lo que ahora son, aproximadamente, diez mil pesos, por cada pasada. En esa ocasión íbamos con un arquitecto que inmediatamente reaccionó con rechazo. Tocó calmarlo, pagar con seriedad lo que pedían y, con el paso de los días, dejaron de aparecer. Yo llamaba a esos actos “el impuesto”. Lo pagábamos contentas pues era la manera de permitir que la comunidad se manifestara acerca de estas tres mujeres intrusas e intrépidas, que hacían algo que ellos no acababan de entender. En campo, alguna vez alguien me dijo: “¿Qué hace buscando lo que no se le ha perdido?”.

D. M. C.: En caso de que hubieran sido solo hombres, seguramente se habrían echado a la guerra por diez mil pesos. Es una forma de pacificar el asunto.

C. P.: Dejar que se manifieste el otro.

- Y. A. A. S.: Y no solo eso. Actualmente salir a campo es muy difícil. Hacen detener las camionetas en cualquier parte y uno no tiene idea, no sabe quién lo paró, si el ejército, la guerrilla, los paramilitares, la misma comunidad. Le piden a uno que lleve una vaca o que ayude a sacar un enfermo, y son decisiones difíciles que no dan tiempo de pensar y en las cuales se debe ser flexible.
- C. P.: Nosotras nos volvimos el transporte regional, eso fue muy importante. No pasaban carros y terminamos llevando enfermos, mujeres dando a luz.
- D. M. C.: Y la gente acudía, ese trabajo es importantísimo, porque la comunidad se abre mucho más. Si se hace lo contrario, se llega chocando y el que pierde finalmente es uno.
- Y. A. A. S.: Exacto, se pierde el espacio, la confianza.
- C. P.: Sí, en efecto, del campo quedan cientos de historias, de recuerdos, de esas cosas cotidianas. Tratábamos de trabajar intensamente dos o tres semanas sin parar, pues era difícil cuidar las excavaciones en proceso. Abrimos aproximadamente 120 pozos, de diversas dimensiones, un muestreo amplio. Sin duda, los mapas nos ayudaban a ubicarnos. Fue fantástico ir descubriendo, por ejemplo, que hubo unos primeros pobladores, que unos segundos fueron los creadores del sistema hidráulico y que unos terceros no entendieron lo que allí encontraron. Y las respuestas a las preguntas “¿cómo surgió?”, “¿por qué colapsó?”, surgían o se resolvían en el laboratorio.

Después de esas semanas, nos íbamos a la playa de San Bernardo del Viento y nos quedábamos cinco días descansando; luego volvíamos otras dos o tres semanas y repetíamos esa rutina hasta cumplir los dos meses. Al terminar, regresábamos a Bogotá, por tierra generalmente, con todo el material. Pasaban muchos meses mientras organizábamos todo para regresar al siguiente viaje. Hasta que la situación de orden público en la zona no lo permitió más. Yo creo que actualmente esas tres mujeres no podrían hacer lo que hicieron.

En esa época, todo funcionó, no se imaginan la hospitalidad y cordialidad de la gente. A mí me hablan de la “flojera costeña” y nunca la vi. Nosotros pagábamos bien y, como a ellos los patrones costeños no les pagaban ni sus sueldos ya ganados, pues obviamente nos marchaban eficazmente, corrían de una cosa a otra, más allá de la jornada, magníficos colaboradores.

Finalmente, llego el período de cierre. Juanita Sáenz Samper y Sonia Archila se nos unieron para terminar, en dos o tres años, el trabajo de laboratorio de cerámica dirigido por Ana María. Así quedaba el espacio para que otros arqueólogos entraran a la zona y, además, cumplíamos con esa postura ética que dice que debes publicar lo que excavas para no terminar haciendo g.uaquería.

DIRECCIÓN DEL MUSEO DE ORO

En el 86, viajé con mi familia a Boston, con una beca de MIT, concedida por Heather Lechtman, para estudiar tecnología metalúrgica. Al terminar, me llamaron para ocupar la dirección del Museo, lo que implicó otros retos.

A mí me gusta la administración, crecí dentro de un mundo donde la administración era el medio para obtener lo que uno quería. Yo no veía al banco como una burocracia ciega y sorda, como otras instituciones, sino como un ente con una administración al servicio de lograr las metas que te habías forjado. Claro, me tocaron cosas complicadas, como la lucha con la Fiscalía y la Procuraduría General de la Nación. Una persecución política de varios senadores contra el Banco de la República, pero dirigida contra mí. Al cabo de dos años, se solucionó satisfactoriamente.

Fue una etapa de muchos retos profesionales, administrativos y personales. Para cuando cumplí cincuenta años, tenía treinta y tres de servicio en el Banco y salí pensionada, en 1997. Salí joven, con ganas de investigar y escribir todo lo que no había podido allí por la cantidad de trabajo administrativo. Y en eso estoy.

Luego, y durante esa etapa, nos alejamos como grupo de trabajo, un grupo que logró funcionar durante veinticinco años y que en algún momento una persona muy cercana comparó con la *Gestalt*. Según él, las tres éramos un solo ser *gestáltico* caminando. Fueron veinticinco años de trabajar juntas, de escribir a cuatro manos y de hacer cosas muy agradables. Quedan el cariño, los recuerdos, los libros y logros, por supuesto.

D. M. C.: Es una gran lástima, yo siento que el trabajo en equipo se ha perdido. Llega a tal punto que el mismo Departamento de Antropología se está resquebrajando por esas enemistades. A diferencia de lo que fue en algún tiempo, un departamento con diversas líneas y confrontaciones de

tipo teórico, donde existía unidad de trabajo, ahora estamos enfrentando una dinámica más bien contradictoria, donde no existe la posibilidad de trabajar en equipo.

C. P.: Causa mucha tristeza porque hay espacio para todos y para todo. Di tú, yo duré años y años trabajando en grupo, intentando formar equipos donde llegaba. Ana María, Juana y yo crecimos en el Museo, compartiendo durante veinte años, y todo lo que una descubría se lo contaba a las otras. Fue el trabajo en equipo lo que nos enriqueció. El intercambio permanente de intuiciones, preguntas y hallazgos.

Yo siento que, para Ana María y para mí, ese tiempo en el Museo no hubiera sido tan enriquecedor sin ese intercambio constante. A pesar de nuestra formación similar, teníamos miradas diferentes, y esto hacía emocionante la discusión, motivante, una competencia sana, porque además nunca tuvimos problemas de “qué es tuyo y qué es mío”. En Colombia, somos pocos arqueólogos, cabemos todos y, si a usted le interesa un tema, agárrelo, que yo le ayudo, yo mañana estaré en otro y usted querrá ayudarme.

De hecho, ahora trabajar sola me cuesta, aunque mi asistente Ángela Ramírez es de inmensa ayuda desde hace seis años, no es lo mismo, es mi asistente y no mi entrenadora. Digamos que tiene sus propias preocupaciones, su propio trabajo, su propia tesis de doctorado.

El trabajo en el río San Jorge me encantó. Se publicaron libros, inclusive para niños, artículos, conferencias regionales. Ya el tema rueda solo, está en los museos, hasta en el Museo Nacional. Por ejemplo, me acaba de llegar por el correo del ayuntamiento de Extremadura una novela escrita por un lugareño, en honor a los conquistadores que allí nacieron, que se llama *La maldición de los zenúes*. La acabo de leer, como se lee un texto obligatorio, porque no es muy buena..., y me mostró que lejos estamos de los españoles. Al llegar a las últimas páginas, donde habla de la maldición de los zenúes, me di cuenta de que el autor había leído todos y cada uno de nuestros trabajos ¡Qué maravilla!

¿Saben qué me pasó una vez? Nosotras excavamos sitios de los primeros siglos de nuestra era, uno de ellos con cerámica que tiene la misma decoración del sombrero *vueltaio*. Un poco audazmente —porque yo creo que para ser investigador uno debe ser audaz y humilde al mismo tiempo; audaz para lanzarse y humilde para decir “me equivoqué”— nos lanzamos a decir que existía una relación entre lo excavado

y los zenúes. Unos años después, en Sampués, en una de las salidas, tratando de averiguar el origen y proceso de los diseños de los sombreros, mientras hablaba con uno de los hombres de la región, le pregunté: “Y cuénteme, ¿ustedes de dónde son?” Y él me dijo: “Antes éramos los arribanos, ahora somos los zenúes”. Me interesó lo de arribanos porque podía referirse tanto a los que llegan de otro lado, arriban, como a los que vienen de río arriba. Yo había estado recogiendo material en el alto río San Jorge y en el alto río Sinú, y era un material arqueológico distinto, muy parecido al de Urabá. Insistí, pero no logré que me explicara de dónde venían, lo que sí me dijo fue que, desde hacía unos cinco años, eran los zenúes, porque unas antropólogas lo habían descubierto. ¡Enrojecí!, no sabía dónde esconderme.

D. M. C.: Y eso ¿en qué año fue?

C. P.: Debimos publicar el primer libro en el 81, esto debió ser en el 85. El señor me dijo que eran cinco años y que afortunadamente ahora sí eran los zenúes, a mucho honor. Todo gracias a lo escrito en un libro. Cuando pasan cosas así, es cuándo uno se da cuenta de la responsabilidad tan grande que se tiene como investigador y, por eso, las publicaciones deben ser serias y cuidadosas.

Concluye el proyecto del río San Jorge, me sumerjo en la dirección del Museo durante diez años, me pensiono y, al mes, me voy para México, buscando hacer una especialización en simbología e iconografía prehispánica.

POSGRADO

En mi trabajo con la metalurgia colombiana, primero fue el estudio de criterios clasificadores; luego, profundicé en los tecnológicos y, por último, en los iconográficos. Estos se hacen cuando se tiene el valor de lanzarse a los temas simbólicos, a pesar del tabú y el miedo de caer en lugares comunes.

Había estado varias veces en México y me enamoré de ese país. Llegué con visa de estudiante, duré dos meses buscando donde hacer mis estudios. Rechacé la posibilidad de entrar a la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, porque el sistema era presencial y al vivir en Cuernavaca, me quedaba difícil. Así, encontré el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos,

CIDHEM, escuela de posgrados creada por maestros de la UNAM, donde aceptaron mi propuesta de trabajar un tema colombiano.

México tiene unos maestros extraordinarios. Empecé a estudiar allí y a ir al Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, para asistir a los cursos de Alfredo López Austin y trabajar en la biblioteca. Después de pasar el primer susto, al encontrar las miles de deidades mesoamericanas y sus distintas versiones, descubrí que estas múltiples manifestaciones corresponden al nivel formal y no al esencial. Los principios de la cosmovisión americana son semejantes y nosotros los compartimos.

A pesar de mi manifiesta antireligiosidad, ahora me doy cuenta de que pasé mi vida pendiente de lo sagrado. Durante 33 años en el Museo, trabajé con objetos sagrados, y mi proyecto de doctorado es sobre el humano-murciélagos tairona, personaje sagrado. Mediante su iconografía, establecí las diferentes maneras de representarlo y, a través de ellas, traté de descubrir sus implicaciones sociales. Encontré semejanzas iconográficas entre el mundo tairona de los siglos X al XVI d. C. y el de los dignatarios mayas contemporáneos. Después de haber permanecido seis o siete años en México, analizo lo ocurrido en Colombia prehispánica desde una perspectiva americana.

C. P.: La experiencia mexicana fue increíble. En la tesis me demoré 12 años. Hice la maestría y de una vez pasé al doctorado con el mismo tema. A mi pareja le empezó a ir muy bien dentro de la academia y logró que le dieran permiso de trabajo; yo me uní a su permiso, solicitamos la nacionalidad y nos hicimos mexicanos.

El director de mi tesis es Pablo Escalante, joven y brillante profesor de historia del arte, aunque mi doctorado sea en antropología. Él trabaja sobre arte del siglo XVI y su cambio por el contacto español. Los historiadores del arte se sorprenden al ver a un arqueólogo trabajar, porque a diferencia de ellos, que con un solo objeto pueden hacer una tesis, nosotros buscamos todas sus variaciones en el espacio y el tiempo. Esta etapa ha sido muy interesante y ya se acaba, solo me falta sustentar la tesis, espero que este año, después de introducir algunas correcciones y esperar el veredicto de siete jurados, de los cuales dos están aquí y cinco en México. Aquí están Guillermo Páramo y Marianne Cardale de Schrimppff.

Si lo piensas, casi no hay trabajos sobre iconografía prehispánica en Colombia, hay mucho por hacer. Esta es una tesis polémica, utilizo mitos contemporáneos koguis para esclarecer iconografía prehispánica.

Hago cosas osadas, el mismo trabajo en el San Jorge fue audaz. En ese tiempo no se usaba el concepto “asentamientos”, porque casi siempre eran trabajos de sitio. Eso implica una mirada amplia tanto en el plano intelectual como en el físico. Hice mapas aproximadamente de 50.000 ha, uno de ellos alcanzó a medir siete metros.

Ana María hizo la parte de cerámica y yo la fotointerpretación y geomorfología. Lo maravilloso de un trabajo en equipo es cuando las personas pueden crecer dentro del equipo y, a pesar de que existan jerarquías, estas son flexibles y permiten que cada uno desarrolle sus capacidades, no son castrantes.

Y. A. A. S.: Sí, es que el poder es compartido y se turna.

D. M. C.: Dependiendo de la especialidad de cada uno, de lo que se esté haciendo.

C. P.: La investigación del sistema hidráulico zenú nunca me olvida, ya sea a través de ONG como ECOFONDOS, que luchan por la no privatización del agua en Colombia, o de intentos de reconstrucción del sistema. Creo que hoy ya esta solución prehispánica para el manejo de humedales salió del terreno de los especialistas y es de conocimiento común.

Otro aporte, a nivel nacional e internacional, que es menos tangible, pero muy importante, es el desarrollado por Ana María, Juanita y yo, a través del Museo del Oro. Es menos perceptible, porque la información del museo es anónima. Lo gratificante para uno, cuando se trabaja treinta y tres años en la misma institución, es iniciar programas y lograr ver sus resultados.

En el Museo existían muchos frentes de trabajo. Por ejemplo, un día me llamó Francisco Ortega, el gerente del Banco de la República, un hombre de una *colombianidad* profunda, y me dijo: “Ayúdeme a buscar una foto de un indígena, porque quiero meterla en un billete colombiano”. Primera vez que sucedía algo así, era una responsabilidad inmensa. Busqué y busqué, hasta encontrar la mujer emberá del billete de diez mil pesos de fines de los noventa y se la envié entre varias opciones. En la reunión con los miembros de la Junta Directiva,

tuvo que soportar preguntas incómodas: ¿que si no sería mejor escoger un indígena risueño?, ¿que por qué tenía tan mala cara?, que esa mujer estaba buena para otra cosa. Le comenté que una cosa eran los prejuicios sociales y raciales de los miembros de la Junta Directiva y otra la calidad de la imagen. Además, le dije que yo quería saber de qué podría reírse una indígena emberá, en estos momentos, en Colombia. Colgó y tomó la decisión de incluir esa imagen, que era mi preferida. Nadie tiene idea de la lucha que tuvo que dar Ortega para hacer aparecer esa imagen en el billete. Es algo fascinante., este es solo un ejemplo de lo que a diario se tenía que enfrentar: decisiones que cambian rumbos. Tener a esa mujer indígena circulando diez años en un billete colombiano... ¡qué maravilla!

D. M. C.: Y que cambian el imaginario de la gente: en este país, sí hay indígenas...

C. P.: Y no son como la india Catalina, que es la visión romántica de los colonialistas.

En Cali, hicimos una investigación y exposición muy buena sobre la yuca y una sobre la papa, en Nariño, a pesar de la oposición de los gerentes. Era pelear contra los imaginarios del común, para lograr que se hablara con orgullo de las cosas nuestras.

El trabajo del museo es efímero, porque las exposiciones duran dos, tres años y se desmontan. Pero permean, la gente las recuerda, se modifican los imaginarios, por eso es un trabajo que quiero tanto. Es menos personalizado y titular, aunque quizás más sutil, profundo y eficaz que lo que mucho trabajos académicos pueden ser.

D. M. C.: Escribimos para nosotros mismos, no se escribe para las personas del común.

Y. A. A. S.: Y más ahora con esto del afán de la arqueología preventiva. Uno sabe que al final de los proyectos, se deberían socializar, divulgar, pero es muy difícil que lleguen a existir siquiera cartillas. El problema es que no es una obligación, aunque el ICANH, en sus lineamientos, dice: “sería bueno y esperamos que hagan esto”, la figura como deber legal no existe, ni en la Ley de 1997 ni en la del 2008.

C. P.: Y nosotros, en cambio, por estar en el Museo, al ser empleadas públicas, recibíamos a diario llamadas telefónicas de niños preguntando por su tarea: ¿sobre quiénes eran los muiscas o los quimbayas? La mayoría de los arqueólogos carece de ese afán de comunicar.

- D. M. C.:** Y los antropólogos, quizás mi pelea con la academia sea esa...
- C. P.:** Ahora que recuerdo, en la cartilla para niños que hicimos sobre los zenúes se nos fue un error. En una página aparece el arroz, que es un producto postcolombino. Es que hacer un libro así es difícil y eso que trabajamos junto al dibujante todo el tiempo.
- Y. A. A. S.:** Es una colección, ¿no?
- C. P.:** Sí, es de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco; se hicieron como ocho. Hubo unos muy buenos y otros regulares.
- D. M. C.:** Pero es un trabajo muy bonito, con mucho valor para quien recibe la información. Pero los investigadores no están tan interesados en eso, sino en el valor que puedan tener formalmente sus trabajos en otras instituciones, por ejemplo, en Colciencias.
- C. P.:** En esta época tardía de la vida, se tienen ganas de compartir tantas cosas. Por principio, siempre que me invitan a algo yo digo que sí. Por ejemplo, en Happy Yoga, me invitaron a dar una charla sobre el humano-murciélago y la fertilidad. Se convocó gente, me preparé y fueron tres personas. Es que a la mayoría de los colombianos no le interesa estos temas. Se llega a un círculo vicioso. No se hace porque a la gente no le interesa y no le interesa porque no se hace, en fin. Hace poco, en cambio, en la librería La Casa Tomada, dicté otra charla que salió muy bien, por la participación de los 16 asistentes.
- D. M. C.:** Hay que crear los mecanismos, es un proceso que hay que analizar acerca de cómo hacerlo efectivo.
- C. P.:** Después de todo lo que hicimos desde el Museo del Oro, que vimos abrir puertas lentamente, uno dice: hay que seguir. Yo siento esa obligación. De todas maneras, me considero muy privilegiada y agradecida con la vida por haberme ubicado en el momento correcto en la Luis Ángel Arango para ser trasladada al Museo del Oro.

Y también uno puede modificar cosas como profesor. Una vez fui a un congreso de americanistas en México y al bajarme de una buseta una muchacha me dijo: “Maestra, ¡usted aquí! Yo estoy en México porque usted habló de este país, y yo dije ‘tengo que ir’. Aquí estoy, y no me arrepiento. ¡Qué maravilla!”

No creo que este año, pero el próximo quizá, pueda estar de nuevo en la Universidad Nacional. Es menos frívola que otras con las que tengo problemas.

Y. A. A. S.: Ha cambiado el ambiente, pero hay gente de muchos tipos. Además, nuestras generaciones todavía son de gente apasionada; del que entró y se enamoró de la antropología o la arqueología y ya no se quiso ir.

D. M. C.: O del que llegó por accidente, como es mi caso.

C. P.: Pues yo también, después de la fascinación por la historia y por el arte, llego al Museo, donde no había antropólogos, y empiezo a buscar eso que falta. Llegar a Los Andes fue algo totalmente fortuito, en mi vida nunca había oído hablar de antropología.

Ustedes son otra generación, para ustedes ya la antropología existía. Van a empezar a abrir cantidades de espacios. Pienso que, en mi época, eran los sociólogos los que estaban abriendo espacios de cuestionamiento social que ahora abren los antropólogos. Esta infiltración de antropólogos por todas partes es muy interesante, haciendo de todo...

D. M. C.: Yo siempre he dicho que la antropología da para todo y le abre muchísimo las perspectivas a una persona. Te da una visión más amplia para poder desentrañar las cosas, así estés haciendo ebanistería, pastelería.

C. P.: Volviendo al inicio, también podríamos decir que la antropología no deja de ser un encausamiento útil y creativo para una fuerte marginalización. Hay una historia verdadera, muy buena, sobre un antropólogo. Creo que en la Pedrera, donde él llega a hacer su trabajo de campo, dura varias semanas y, casi en la quinta, el informante, el chamán o el taita desesperado le dice: “Mire, cómo espera que le creamos a usted algo, si usted llega y lo primero que hace es hablar mal de donde viene, de lo que usted conoce, no le gusta su cultura; y viene aquí, no conoce para nada la nuestra, porque es un recién llegado, y no hace sino decir que ‘esto es una maravilla, que hay que mantenerlo, que hay que luchar por conservarlo’. De lo que conoce no habla sino pestes y de lo que no conoce solo habla bondades, ¡cómo espera que le creamos!”

Un razonamiento fuerte. Yo creo que nos queda asumir nuestro papel de marginales, nuestra función como tales, y ser honestos, no llegar ocultando o fingiendo ser otros, jugando al camuflaje: es la honestidad de uno la que le llega a la gente.

Yo, en campo, le daba gracias a la arqueología, por servirme de excusa para hacer antropología al recoger material prehispánico, hacer notas e informes. A mí no me tocaba decir ni aparentar mentiras. La arqueología da una excusa concreta y la gente no necesita más explicaciones.

Bueno, algo particular que quieran preguntarme.

D. M. C.: Sí, ¿cómo fue eso de ser pareja y madre en campo?

C. P.: Maravilloso, porque mi pareja era portátil, como escritor, iba de un lado a otro. Yo creo que uno de sus mejores libros, que se llama *Las vueltas del baile*, es sobre la Playa del Viento, donde él se quedaba con mi hijo Juan durante meses, mientras yo estaba en campo. Por eso la llegada a la playa era llegar a ver a mi hijo chiquito, que ahora tiene treinta años, y estar con Jaime.

No, a Jaime le apasionaba ese mundo mío. Era duro a veces, porque yo tenía un exnovio que iba a ayudarnos de vez en vez. Jaime era celoso, pero con el tiempo aprendió, aprendió tan bien que, como al casarnos mis amigos desaparecieron, siempre tuve que aceptar sus amigas, porque yo le hice ver que eso no importaba.

Fue maravilloso, con el tiempo hicimos una cabaña en la playa para estar allí con Juan, hasta que a los cuatro años se nos vino la cosa del colegio y la cuestión fue más difícil. Para esa época, ya existía el problema de los viajes del Museo, que eran muchos y constantes. Entonces, para cuidar mi relación, lo que hacía era viajar solo una vez al año, y hacerlo con él. El primer matrimonio sufrió las inclemencias de la ausencia, porque más que las salidas a terreno, fueron los viajes ocasionados por la labor internacional del Museo del Oro.

Una vez, en el río San Jorge, con Juanita, fuimos a Montelíbano, cerca de Uré, a una finca. Esa noche me metí en la hamaca y desde allí vi una tarántula en el techo. Al otro día, cuando salimos, la señora me pidió que le entregara una lora a no sé quién en Bogotá, y a pesar de que le dije que todavía no regresábamos, que nos íbamos a quedar mucho más tiempo, me hizo llevarme la lora, porque ya no la quería más. Llevaba mucho tiempo esperando la oportunidad de mandarla y no la iba a desaprovechar. Me dijo que si quería me la quedara. La lora se volvió mi compañera en todo el viaje, era vieja y coja, muy linda. Le gusté a la lora y se alió conmigo. Cuando llegué a Bogotá, mi matrimonio estaba en una profunda crisis. Yo le contaba a Jorge Nieto, papá de mi hija Paula, sobre las noches sin dormir, la angustia del rompimiento, lo mal que la había pasado. Y, mientras, en el piso de abajo, la lora, en medio de ese abril lluvioso, se reía a carcajadas, iguales a las mías, durante todo el día. Mientras yo lloraba arriba, la lora se reía abajo, era la parodia más

absurda. Al otro día, me tocó buscar al tal Carlos, que yo no conocía, y llevar la lora. A pesar de que ya había tomado la decisión de quedarme con ella. Yo era la otra también, la de campo, obviamente, era casi como tener una segunda personalidad.

Mi maternidad fue maravillosa, gracias a que Jaime, mi segunda pareja, fue un hombre muy particular, conocedor de lo femenino, partidario de la mujer fuerte. En cambio, el primero no: competía interminablemente y de manera machista. Viviendo con Jaime, entendí lo importante que es para un arqueólogo vivir con alguien que escriba ficción, porque si el arqueólogo no es capaz de imaginar lo que pudo ser, no es capaz de escribir, de concebir una historia.

D. M. C.: De darle vida al objeto...

C. P.: A Jaime le parecía fascinante, detrás del libro científico, la historia posible. Entonces, mi papá estaba errado, por puro amor quería que no estudiara más, para que no me quedara sola, porque quería mi felicidad. No me casé una, sino dos veces y tuve tres compañeros.

Y. A. A. S.: Aún hoy, sin embargo, es difícil conseguir una pareja que soporte los viajes, que a ti te apasionen otros temas, que estudies y te comprometas.

C. P.: Y que cuestione. De las cosas que más le gustan a Jaime de mí, es el cuestionamiento permanente: de él, frente a su entorno, frente a la fama. La visión antropológica de la vida sin duda es enriquecedora, pero es dura. No se conoce otra manera de ver el mundo, a veces agobia. Y quien está con uno, si no es también así, se cansa.

D. M. C.: De pronto es útil desarrollar mecanismos diferentes para enfocar ese cuestionamiento. No sé, el humor, el mismo Facebook, las redes sociales...

C. P.: Mi hija se parece a ti, le encanta. A mi Facebook me amedrenta, siento que es una invasión a mi privacidad; pero ahí estoy, más para enterarme de lo que hacen los demás que para participar.

D. M. C.: Es para mostrar una privacidad, yo creo que hasta ficticia, es una forma de reinventarse a uno mismo.

C. P.: ¿No han hecho antropología de redes?

D. M. C.: Tengo un amigo que es antropólogo, y está haciendo la maestría sobre eso, sobre redes sociales. De hecho, hay un español que hace algo que se llama “antropología de la comunicación extendida”.

Yo siento que antropología y arqueología son la misma cosa, están muy unidas. Creo que la antropología social es una arqueología del pensamiento y del comportamiento humano. ¿Cómo pasa un comportamiento eventual a ser un hábito y llega al punto de ser una constante cultural, algo idiosincrático?

C. P.: En el fondo, son los objetos que hablan a través de sus dueños, o viceversa, y eso es lo apasionante, digo yo.